

LETRAS

Letrillas

LETRONES

CRÓNICA DE DUBÁI

VERDES CAMPOS DE GOLF PARA SIEMPRE

The sky is the limit

Vine a Dubái porque acá me dijeron que los bienes raíces ya no valen nada. Después del aviso que dio el gobierno de Dubái anunciando el aplazamiento en el pago de la deuda de sus dos empresas inmobiliarias más importantes, Dubai World y Nakheel, el pasado 25 de noviembre de 2009 los mercados financieros reaccionaron con una preocupación cercana al pánico a lo largo y ancho del planeta. No era para menos. Tan sólo el monto conocido y puesto en moratoria por Dubai World ascendía a 36.000 millones de dólares, de un total de 80.000 millones correspondientes a la deuda adquirida por el gobierno. El Emirato hasta entonces más atractivo y sexy para los inversionistas de la aldea global abría una caja de Pandora al hacer público que, en términos proporcionales, debía algo así como el 140 por ciento de su PIB. En cuestión de horas, la burbuja inmobiliaria parecía estar a punto de reventar al confirmarse la pérdida del valor de la propiedad hasta en 50 por ciento, dato en absoluto trivial si se considera que desde 2000 en Dubái se construyen en promedio 4.500 edificios al año. Entre 1993 y 2005 el número total de edificios construidos creció en más de 50 por ciento,

de 48.000 a más de 77.000, de los cuales 71.000 tienen más de 25 pisos. En Dubái poquísimas construcciones tienen menos de 40 o 50, un auténtico bosque de rascacielos cuya joya de la corona es el *Burj Khalifa* (primero llamado *Burj Dubai*), el edificio más alto del mundo, inaugurado el pasado 4 de enero, con casi 810 metros de altura y 162 pisos. Declaraciones como las de Christopher Davidson, especialista estadounidense en la región, comenzaron a causar escalofríos en los mercados financieros internacionales: “Si Dubái cae, otros podrían seguirle.”

No era necesario ser un experto en finanzas ni un practicante de deportes extremos para intuir que el dramático desenlace del boom inmobiliario de Dubái tenía el potencial para convertirse en una experiencia de vértigo, como brincar en paracaídas o arrojarse en *bungee* desde las alturas.

Bienvenido a Dubái

El contacto con las autoridades del Emirato sugiere ciertas claves cuyo sentido es apenas inteligible. Ejemplo: resulta ciertamente extraño que los oficiales de aduana encargados de velar por la seguridad del rico y opulento Emirato parezcan más bien cuidadores de un inmenso y elegante *spa*. ¿Qué clase de protección pueden ofrecer tipos envueltos en impolutas túnicas blancas que caminan entre las filas de visitantes con actitud sumamente relajada? ¿Cómo reaccionarían ante una situa-

ción de peligro inminente, por ejemplo perseguir y reducir a un criminal internacional calzando esas extrañas sandalias de suela elevada que revelan sin pudor los dedos de sus pies?

Un día cualquiera, el visitante se alista para enfrentar el inclemente sol matinal del desierto, cuando asombrosamente Dubái ofrece una fina llovizna y cielos nublados. A pesar de la grisura del día, predomina el verde. Uno observa pasto, verdes y brillantes kilómetros de pasto bien recortado. Uno observa campos de golf, extensos jardines, villas, glorietas. Uno piensa que quizá Dubái no es como lo pintan sus detractores; quizás en Dubái no todo es artificio.

Como lágrimas en la lluvia

La estación Khalid Bin Al Waleed, al igual que el resto de las que componen el metro elevado de Dubái, es lo más parecido que hay a un módulo espacial. Compró un boleto ida y vuelta a cualquier parte. Lo que sigue en mi recorrido es una especie de versión feliz de *Blade-Runner*. Dentro de la estación, todo es un ejemplo de orden, limpieza y blancura totales. Desde las alturas panorámicas del vagón, observo los contornos de una ciudad que reaparece por momentos entre los dramáticos haces de luz de los rascacielos y la impenetrable noche del desierto. La mitad de las estaciones todavía no está abierta al público. El tren las cruza sin detenerse, alcanza altas velocidades, se desliza al interior de un silencio narcótico, como

flotando. Me sumerjo en visiones más allá de Orión, a punto estoy de jurar que he visto rayos C brillar en la oscuridad cerca de la Puerta de Tannhäuser, momentos que se perderán en la lluvia, aquellas lágrimas, etcétera.

Arriba a la última estación y un vigilante me informa que he perdido el tren de regreso. Afuera, en la fila de taxis, un occidental me informa en un inglés quebrado que circular por vía terrestre será difícil: luego de los aguaceros la ciudad está inundada. En el camino de vuelta distingo, en efecto, tréboles viales cubiertos por el agua, automóviles encallados a la orilla de la autopista. A la mañana siguiente el diario *The Gulf News* informa que la lluvia del día anterior, la primera que cae desde hace un año, produjo noventa accidentes, cinco muertos y diecisiete heridos de gravedad.

El verde del pasto, al igual que la lluvia de Dubái, se vuelve entonces una imposibilidad de la vida cotidiana.

Rusas en Tiffany's

En un texto escrito en el ocaso de la Guerra Fría, el cronista Juan Villoro recordaba la presencia de rusos con aspecto rígido y austero en el Gigante de la colonia Tacubaya, todos ellos agentes diplomáticos de una potencia hoy inexistente. Hasta donde sé, la caída del muro trajo consigo el fin de la Unión Soviética, pero también de esa infame cadena de supermercados en México. En ocasiones, las claves de la globalización resultan tan ininteligibles como las más complicadas tramas del espionaje internacional. Mientras recorro el imponente Mall de los Emiratos, el mismo que aloja en su interior una pista para esquiar de 600 metros de longitud, el contraste entre los usos locales y foráneos llama poderosamente mi atención. Me refiero a la contigüidad de bellas e inquietantes mujeres ocultas bajo finísimos burkas de diseñador, por un lado, y llamativas damas eslavas provenientes del viejo imperio soviético, por el otro. Justo al lado de una belleza árabe que porta el obligado velo negro, camina impúdica una despampanante y neumática rubia.

Mientras imagino las piernas alargadas y cubiertas de la primera, me enfrento a la realidad contundente de las caderas expuestas de la segunda. Ambas son imposibles en mi mente, pero no dejo de preguntarme: ¿cómo conviven las dos versiones en un mismo sitio? ¿Será la aldea global su auténtico lugar de convergencia?

Vuelvo al Mall de los Emiratos, visito el Dubai Mall, el exquisito Souk Madinat de Jumeirah; en todos estos sitios observo que apenas hay varones, solamente mujeres rusas, chicas y grandes, todas guapas, todas portando las prendas más mínimas y suntuosas que mi desconocimiento de marcas y diseñadores me permite coleccionar. Una nube de preguntas sin respuesta se cierne sobre mí. En un interminable recorrido hacia el célebre conjunto habitacional de Palm Beach, Abdul Salam, chófer de taxi y agudo observador del mundo a su alrededor, despeja mis dudas. La razón por la que abundan las rusas en Dubái es sencilla: son las mujeres e hijas de la gran mafia rusa; son enviadas aquí para evitar la violencia que impera en la vida de sus esposos y sus padres, para escapar de las vendettas y las ejecuciones; son las hijas y nietas de la dictadura del proletariado que hoy disfrutan en Dubái los ríos de dinero que fluyen procedentes del capitalismo mafioso.

Caigo en la cuenta. El Emirato es no solamente un paraíso fiscal; es también un oasis de seguridad, de ahí el lento fluir de las aduanas, la rigurosa toma digital de las pupilas en el aeropuerto. A pesar de que en Dubái la riqueza está expuesta a los cuatro vientos, el crimen es prácticamente inexistente. El último caso de asesinato vinculado a la mafia data de 2006, cuando un ruso fue ejecutado en una habitación del exclusivo hotel Burj Al-Arab. Ese mismo año el jefe de la mafia georgiana en España, Zakhar Knyazevich Kalashov, también conocido como “el hombre invisible”, fue detenido en Dubái.

A nadie parece sorprender que el crimen y el terrorismo internacionales aprovechen los mismos canales de apertura financiera y de inversiones para disfrazar sus dudosas operacio-



Burj Khalifa, 162 pisos de opulencia.

nes. Lo mismo hacen contrabandistas de piedras preciosas que miembros de Al-Qaeda. Según investigaciones oficiales de Estados Unidos y de los propios Emiratos Árabes, al menos 250.000 dólares fueron transferidos a los perpetradores del 11 de septiembre desde bancos locales.

Las inversiones raras, el exceso en los centros comerciales, la obscenidad del más ostentoso consumo, el lavado de dinero; todo ello ayuda a explicar por qué, al contrario de sus hombres, las rusas son las mujeres más visibles del Emirato.

Estas ruinas que ves

Los demógrafos de Dubái recurren a métodos peculiares para elaborar sus mediciones. De acuerdo con datos oficiales, la población actual del Emirato es de 1.645.000 personas, mientras que la cifra de 2.451.000 almas corresponde a la “Población Total Activa Durante El Día”. Lo cual es otra manera de referirse a los 806.000 hombres invisibles provenientes de la India, Pakistán,

China, Bangladesh y Afganistán que trabajan principalmente en el sector de la construcción. El eufemismo se torna macabro cuando me acerco a las inmediaciones de la torre Burj Khalifa hacia el final de la jornada laboral. Encuentro filas de trabajadores vestidos con uniforme azul esperando el momento de subir a decenas de mini-buses. Quizás es el efecto del atardecer, pero todo, las calles, las ropas, los rostros, parecen estar cubiertos por una delgada capa de arcilla amarilla. Es el polvo de la construcción. Entre la variedad de rasgos distingo jornaleros chinos, afganos, indios, filipinos, pakistaníes. Son la cadena humana que soporta el enloquecido crecimiento de Dubái. Parecen exhaustos, pero varios de ellos sonrían. Quiero preguntarles a dónde los llevan. Un capataz me sale al paso. Con tono seco me advierte que los trabajadores de la construcción viven en “los campos”, ubicados en el extrarradio del Emirato, y que el acceso a esos lugares está prohibido por las autoridades.

Walter Benjamin reconoció en las arcadas parisinas un fenómeno típicamente moderno: el arte puesto al servicio del comercio. Mientras sigo deambulando entre un bosque de grúas, andamios, edificios y torres en construcción, me resulta evidente que todo cuanto he visto en Dubái, el cual me parece cada vez más un inmenso astillero, sirve a un único y salvaje propósito: levantar una ciudad-Estado a todo lujo en el menor tiempo posible, sin importar el costo humano o material. Ambos, personas y objetos, son el elemento superabundante en la era de la globalización.

En mi intento por explicarme el prodigio de presenciar en tiempo real un acto históricamente disfuncional, es decir la construcción simultánea de una ciudad entera que además le regatea al espacio urbano cualquier noción de tiempo acumulado, me quedo con una única imagen: Dubái y sus ruinas al revés representan el perfecto anverso de las ciudades hasta ahora conocidas.

Dubái sólo tendrá historia el día que comience a desaparecer. —

-BRUNO H. PICHÉ

DERECHOS CIVILES

CONQUISTAS AMENAZADAS

Quizá la única alternativa para salvar del naufragio a la joven democracia mexicana es el surgimiento de una izquierda liberal con vocación modernizadora. En el campo de los derechos civiles, el populismo conservador del Peje cancelaba esta posibilidad, pues, ya sea por cerrazón ideológica o cálculo electoral, durante su gobierno nunca se arriesgó a promover leyes en favor de la comunidad homosexual ni a defender el derecho de la mujer a la interrupción del embarazo. Por fortuna, dentro de la izquierda mexicana hay una corriente menos cautelosa y acomodaticia que antepone las convicciones a las argucias del clientelismo. La asamblea de representantes del DF, con el apoyo del jefe de gobierno Marcelo Ebrard, ha dado ya dos pasos históricos en materia de libertades civiles: la despenalización del aborto y la legalización del matrimonio homosexual.

Tamaño atrevimiento, que no debería indignar a ningún partidario de la separación entre la Iglesia y el Estado, ha provocado la formación de una triple alianza integrada por el clero católico, el PAN y el PRI, que busca perpetuar la tutela moral de la Iglesia sobre la sociedad mexicana y ha logrado ya reformar la constitución de dieciocho estados para criminalizar a las mujeres que abortan (incluyendo, en muchos casos, a quienes abortan por haber sido violadas). La postura del PAN era previsible porque en materia de moral sexual sus militantes son censores intransigentes, no así en el terreno de la moral cívica donde muestran a diario una fuerte proclividad a las corruptelas. El presidente Calderón ha visto cruzado de brazos los atropellos de Mario Marín y los latrocinios de Ulises Ruiz, pero en cambio las infanterías de su partido persiguen encarnizadamente a las campesinas, obreras y desempleadas que recurren al aborto clandestino. Según datos de la organiza-

ción Human Rights Watch, antes de esta contraofensiva, los gobiernos panistas de Guanajuato habían encarcelado ya a más de 130 mujeres renuentes a aceptar la maternidad no deseada (véase el portal de internet *Correo de Guanajuato*, 10 de marzo de 2009). Pero la reacción del PRI, que se preciaba de ser un partido laico, marca un hito en la historia del tartuflismo político. En su afán por conquistar el voto conservador a cualquier precio, los herederos de Obregón y Calles ya ni siquiera se molestan en fingir una mínima lealtad a los principios fundacionales de su partido. Después de haber traicionado los ideales de la Revolución, ahora pisotean los de la Reforma.

Para ponerse a tono con las fiestas del bicentenario, el arzobispo Norberto Rivera se ha propuesto emular a Manuel Abad y Queipo, el obispo de Valladolid que decretó la excomunión de Hidalgo. Su cruzada contra la homosexualidad y el aborto demuestra que el único interés político de la Iglesia mexicana, desde la Colonia hasta hoy, ha sido restringir las libertades de los mexicanos para mantenerlos en una eterna minoría de edad. Si por él fuera seguiríamos en los tiempos de la colonia, cuando los “sométicos” (apócope de sodomíticos) eran quemados vivos en las plazas públicas. No soy un entusiasta partidario del matrimonio gay y, de hecho, temo que la imitación de las instituciones monogámicas heterosexuales pueda convertir esa opción sexual en un remedo insulso de la pareja buga. Pero si un núcleo importante de la comunidad gay quiere alinearse con el *mainstream*, ningún ministro de la Iglesia tiene derecho a impedirlo.

El derecho de adopción concedido a las parejas homosexuales es el agravio que más sulfura a nuestro prelado. Desde una postura humanitaria, la posibilidad de que miles de parejas homosexuales adopten criaturas debería alegrarlo, pues ahora muchos niños huérfanos tendrán una mejor vida. Las familias alternativas no significan una amenaza para la familia tradicional: más bien demuestran la fortaleza de la institución familiar y el fracaso de los modelos de vida individualistas. Norberto Rivera



Un matrimonio.

fue un acérrimo defensor de Marcial Maciel y se hizo de la vista gorda cuando le reportaron las tropelías del sacerdote pederasta Nicolás Aguilar, acusado de violar a más de 90 niños en México y Estados Unidos. Tal vez por eso cree que todos los homosexuales se comportan como los sordidos curas a quienes ha protegido. Pero la experiencia demuestra que las madres lesbianas y los padres homosexuales quieren la felicidad de sus hijos y, por lo tanto, respetan su orientación sexual sin tratar de influenciarla. Si Rivera Carrera quiere combatir la corrupción de menores, que empiece por barrer debajo de su alfombra, en vez de lanzar anatemas contra las conciencias libres de Sodoma.

La meta de la Iglesia es derogar las dos reformas sacrílegas aprobadas en la ciudad de México, pero hasta el momento la Suprema Corte de Justicia ha mantenido una postura firme a favor de las libertades recién conquistadas. Ojalá siga ocurriendo así en los próximos años. Pero de cualquier manera el arzobispo de México es un líder de opinión y sus bravatas han azuzado ya a las jaurías de mastines que esperan su grito de guerra para saltarle a la yugular a las huestes de Satanás. En Jalisco y Guanajuato, algunos médicos mochos del sector Salud actúan como delatores de las mujeres que acuden a verlos por complicaciones después de un aborto mal practicado. La cruzada contra los herejes se ha dejado sentir

también en los medios de comunicación masiva. Las bravatas machistas del conductor televisivo Esteban Arce son un indicador alarmante de que algunos comunicadores, envalentonados por la beligerancia del arzobispo, empiezan a utilizar sus tribunas para condenar la homosexualidad, con argumentos propios de un pleito de cantina. El medio de la farándula ha sido siempre un reducto de libertad donde homosexuales y lesbianas pueden hacer carrera sin ser perseguidos. De hecho, en los últimos tiempos Televisa ha producido varias telenovelas en las que se defiende abiertamente el amor homosexual, de manera que la postura de Arce no representa en este caso la ideología de su empresa. Pero la descalificación es el preámbulo de la incitación a la violencia, y si nadie impone límites a la locuacidad de los asnos, otros inquisidores caerán en la tentación de atizar el odio contra un grupo social que en la mayor parte del país sigue siendo muy vulnerable. —

— ENRIQUE SERNA

DERECHOS CIVILES MATRIMONIO GAY EN ARGENTINA

Un hombre se casó con otro hombre en un registro civil de Ushuaia, al extremo sur de la Argentina, tres días antes de que ter-

minara el 2009. Eso no significa que el matrimonio entre personas del mismo sexo sea aún legal en la Argentina, pero revela un cambio extraordinario: en menos de una década, las organizaciones que defienden los derechos de las minorías sexuales pasaron de las barricadas de los *outsiders* a la mesa grande de la discusión política. “El tema de la diversidad sexual se ha convertido en moneda de intercambio en la negociación política general,” me confió uno de los principales operadores de esas organizaciones en Argentina.

El camino que llevó hasta Ushuaia comenzó en diciembre de 2002, con la aprobación en la Legislatura de Buenos Aires de la Ley de Unión Civil, que permitió las uniones de parejas del mismo sexo en la ciudad, con algunos de los derechos legales que otorga el casamiento. La Unión Civil “tuvo un gran valor simbólico”, me explicó Flavio Rapisardi, redactor de la ley. “Puso en la agenda de temas los derechos de identidad sexual (y) ayudó a la politización de movimientos (y) a que los políticos pusieran el tema en su agenda”.

El siguiente paso fue extender la Unión Civil al resto del país; se logró en otra provincia y en dos ciudades del interior, y un proyecto de ley llegó al Congreso Nacional. Pero en 2003 la situación política cambió, con la llegada al gobierno de Néstor Kirchner, quien en pocos años renovó la Corte Suprema de Justicia con la incorporación de jueces progresistas, a algunos de los cuales las organizaciones tenían llegada. La Unión Civil nacional pasó a ser la estrategia más moderada. A comienzos de 2007, con una presentación judicial de una pareja de lesbianas que exigía casarse, comenzó la campaña por la ley de matrimonio.

Las organizaciones contaban para entonces con un aliado internacional de peso: José Luis Rodríguez Zapatero, que en 2005, como presidente español, había logrado la sanción de la ley de matrimonio entre homosexuales y transexuales en España. Pedro Zerolo, cuadro político de Zapatero y principal promotor de esa ley, me explicó a fines

de 2007 durante una visita a Buenos Aires que el caso español sentaba un precedente importante para América Latina: “Si ha sido posible en España, es posible en todos y cada uno de los países de la realidad latinoamericana, entre otras cosas porque tenemos muchas tradiciones y costumbres comunes, y también la legislación civil”. (Desde entonces, la unión entre personas del mismo sexo se aprobó, con distintos procedimientos y limitaciones, en ciudades y Estados de México, Colombia, Uruguay y Venezuela.)

La campaña en Argentina abarcó dos frentes: el judicial, con presentaciones que en octubre de 2007 llegaron a la Corte Suprema, y el legislativo, con cuatro proyectos de ley en el Congreso. María Rachid, presidente de la Federación Argentina de Gays, Lesbianas, Bisexuales y Trans, difundió los nombres de casi una decena de políticos que daban su apoyo “incondicional” al matrimonio gay. En privado, un grupo de operadores comenzó a reunirse con los dirigentes de los partidos con representación parlamentaria, con el gobierno de Cristina Kirchner (sucesora de Néstor, su marido) y con jueces de la Corte.

2009 iba a ser el año decisivo. Pero fue un año políticamente convulsionado, y el gobierno, que perdió las elecciones de medio término, tuvo otras prioridades. Los operadores, me contó uno de ellos, convencieron al gobierno de que ordenara una encuesta nacional y, al mismo tiempo, enviaron a varias parejas de militantes a los registros civiles de la ciudad para pedir turno para casarse; cuando se los negaran, debían presentar amparos judiciales. Llegó a oídos del operador que una jueza, Gabriela Seijas, pedía literatura para basar su fallo sobre uno de los pedidos, el de Alex Freyre y José María Di Bello, y éste sugirió escritos a quien debía cumplir esa tarea.

Entretanto, la encuesta del gobierno arrojaba que el 66,3% de los argentinos estaba a favor del matrimonio gay. Otra, del gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, que encabeza el empresario neo-

liberal Mauricio Macri, fijó en 70 por ciento el apoyo en la ciudad.

Macri, que dirige un partido en el que conviven neoliberales pragmáticos con conservadores católicos, atravesaba su peor momento. A una sucesión de impericias escandalosas se sumó la acusación de que había ordenado espionajes ilegales. En pleno escándalo, la jueza Seijas autorizó el casamiento entre Freyre y Di Bello. Macri, el único con potestad de apelar la decisión, vio la oportunidad de desviar el debate y anunció que no apelaría (en lo personal, por otra parte, está a favor del matrimonio). Esto dividió a su partido. El ala católica logró presionar lo suficiente para que el día previsto para la boda, el 1 de diciembre, otro juez la frenara.

Las organizaciones negociaron, en secreto, con la gobernadora de Tierra del Fuego, Fabiana Ríos, para que el casamiento se hiciera en Ushuaia, capital de su provincia; uno de los novios cambió allí su residencia. Para evitar otra interferencia, sólo se anunció públicamente al terminar. El trámite ha sido cuestionado judicialmente.

El tema fue moneda de cambio durante la repartija de cargos en el Congreso que asumió el 10 de diciembre. “Hay mayoría parlamentaria, hay mayoría social, pero todavía no hay mayoría política”, me explicó el operador. En la Corte, hay tres borradores de fallos pero no hay unanimidad. El presidente del tribunal, Carlos Fayt, anunció que se expedirán en breve, y el operador me dijo que cree que será un fallo moderado, pero importante, que establecerá que hay una violación de derechos y ordenará al Congreso dictar una ley en el plazo de un año.

El debate en el Congreso se retomará este mes. Para mantener la presión, las organizaciones preparan una avalancha de amparos judiciales de parejas del mismo sexo que reclaman casarse en todo el país. Mientras tanto, el matrimonio entre Freyre y Di Bello es válido y, por ahora, de duración perpetua: el divorcio en Argentina sólo es válido para hombre y mujer. —

— GRACIELA MOCHKOFESKY

TECNOLOGÍA CULTURA AUDITIVA

En vez de en Capuletos y Montejos, en la era digital los bandos se dividen en PC o Mac. Por eso llama la atención que, en medio de este contexto, el iPod haya logrado un consenso absoluto. En poco tiempo nos hemos acostumbrado a que un aparato portátil de tamaño menor a una cajetilla de cigarrillos almacene una vasta biblioteca musical (más de tres mil discos en algunos modelos).

Ahora los contenidos disponibles en internet para nutrir el *soundtrack* de nuestra vida se diversifican más allá de la música. Primero surgieron los *podcasts*, archivos digitales de audio y video distribuidos a través de internet que se actualizan de manera automática cuando uno se suscribe a ellos. La variedad de temas que cubren es amplísima: por supuesto hay música, sobre todo programas de radio para descargar y escuchar cuando uno quiera, pero se puede hacer lo mismo con reseñas de *The New York Times*, curadurías del MOMA o el Museo Metropolitano de Nueva York, lecciones de hebreo para principiantes, degustación de vinos o recetas de chefs célebres. Hay incluso un programa, *Pediaphon*, que genera *podcasts* a partir de los artículos en Wikipedia.

Los *podcasts* se pueden escuchar y descargar desde una infinidad de páginas, aunque la mayoría se concentran en la tienda de música en línea de Apple, iTunes, que ha logrado un éxito similar al iPod. En cuatro años ésta vendió más de dos mil millones de canciones (en promedio cada canción cuesta 99 centavos de dólar) y concentra el ochenta por ciento de las ventas mundiales de música por internet.

Hace algunos meses se agregó iTunes U. La “U” final alude a que ahora las universidades en Estados Unidos pueden distribuir el registro audiovisual de sus actividades a través de la tienda. La institución o cualquier profesor que lo desee pueden subir directamente la

grabación en audio de las asignaturas o el material de las mismas para que sus alumnos lo descarguen.

Es una situación ventajosa para todos los involucrados: iTunes aumenta exponencialmente su contenido para un sinfín de gustos, con lo cual diversifica y mantiene el tráfico en su sitio; los usuarios pueden seleccionar entre una gama descomunal de temas; y las universidades, que a veces no saben cómo hacer llegar este material al público, obtienen acceso al punto de distribución que sus alumnos más frecuentan y que sirve de difusión para otras audiencias. Todo de manera gratuita.

El tamaño del menú de iTunes U es proporcional a la cantidad de programas académicos que hay en Estados Unidos; sin embargo, es sumamente fácil navegar este acervo. En el área de literatura, con unos cuantos clics se pueden encontrar cursos sobre *La Eneida*, *Hamlet* y el videojuego como género literario o una conferencia magistral de Harold Bloom sobre “El arte de leer un poema”. Hay charlas con visitantes destacados, como el Dalái Lama o David Lynch, y cápsulas de pocos minutos diseñadas para divulgar lo que hacen los investigadores, para explicar qué son los neutrinos o cómo un compuesto de la herbolaria china puede ayudar en ciertos padecimientos del riñón. Existen algunos programas creados ad hoc para esta forma de transmisión; uno muy bueno es la serie de Poemas para el Almuerzo de la Universidad de Berkeley, grabaciones de poesía contemporánea en voz de los autores (Lawrence Ferlinghetti, Cornelius Eady, Mei-Mei Berssenbrugge, entre otros) con duración máxima de una hora. Y, curiosamente, la pista más popular de todas es el discurso a los graduados dictado en Stanford por Steve Jobs, director general de Apple.

A pesar de las obvias ventajas, el público que se puede beneficiar de esta programación es todavía limitado. Primero por el idioma, pues clases y conferencias están en inglés, pero sobre todo porque para tener acceso

a la oferta de iTunes, incluso la gratuita, se necesita una tarjeta de crédito radicada en alguno de los países donde la tienda haya abierto oficialmente (a la fecha, ninguno en América Latina). Sin embargo, la tendencia podría propagarse para bien; por dar tan sólo un ejemplo, basta pensar los beneficios que traería este mecanismo si fuera adoptado por el Colegio Nacional, que ya muestra cierta disposición al respecto. En su sitio (www.colegionacional.org.mx) es posible escuchar a Alfonso Reyes leyendo *Visión de Anáhuac*, además de que cuenta con una biblioteca multimedia, todavía en construcción. Tal vez pronto albergue el registro de las conferencias impartidas por sus miembros, de manera semejante a como los archivos de los libros que edita están a disposición del público.

A pesar de su naturaleza, la era digital abunda en situaciones de tránsito que nos drenan tiempo y en que la lectura es complicada o imposible, como en medio del tráfico o haciendo fila. Este tipo de cultura auditiva, y la capacidad de llevarla a cualquier lugar, permiten nutrir esos lapsos muertos y transformar el tiempo perdido en ratos entrañables. El trayecto de vuelta a casa pronto podría convertirse en uno de los momentos más amables del día. —

— GONZALO SOLTERO

CRÓNICA

MIAMI: DEVOLUCIÓN CREATIVA

El Estado intratable

Encontré más presencia policial en Miami —alrededor del aeropuerto, en las carreteras, en los guetos y en los barrios residenciales— que en la misma Tijuana. En menos de cinco días me pusieron tres multas serias por infracciones menores. El caricaturista José Varela creó el típico personaje miamense, *Pepe el Policía*, y es curioso que, de las dos orillas, sea en la del exilio donde el *fianza* haya devenido arquetipo.

En el trasvase lo cubano pierde profundidad, pierde una dimensión, y el nuevo estado —o *eigenstate*— nacional, hecho de sobras, escorias y desechos, se organiza como lo que solíamos llamar “un rezago del pasado”: Pepe, el patrullero moderno, custodia un tiempo heroico habitado por los clásicos esbirros, donde también perduran paralelamente el socialismo y su violencia, a la sombra de mal disimulados espías. Agréguese la brutalidad de una educación dividida y bilingüe —el “yuca” (*young urban cuban american*) como “tronco de yuca”— y obtendremos el producto de una existencia tronchada, bajo el horizonte hostil de un lugar llamado *Jayalía* (Hialeah).

La ciudad demonizada, la ciudad cárcel-modelo, la factoría de Castro & Hnos., nuestra Isla del Diablo: ¿tiene algo de raro que en Miami la desazón se exprese en las monomanías de un discurso político intratable?

Adiós a Portocarrero

En la colonia penitenciaria del galerista Gary Nader (“¡La galería más grande del mundo!”) el arte cubano fue condenado a una eternidad bajo techo. Desde que la migración artística tomó en Miami el rumbo de las bodegas de Wynwood el arte, o lo que queda de él, ya no es mostrado a la manera tradicional, sino meramente “abarrotado”, en un apiñamiento de estilos y épocas.

A la manera de los *ñáñigos* del pintor José Bedia, que tienen un pie aquí y otro en el más allá, lo artístico pasa en un instante de la actualidad al almacenaje, y el tiempo que dura sobre la pared se acorta en proporción directa a la devaluación de su presencia.

La presencia física del *objet d'art* ya no es requerida desde que su contemplación dejó de producirnos el “shock de lo nuevo”. Como cualquier otro original, Cuba terminó desencantándonos, y es un hecho notable que las mejores cubanerías de la colección Nader vengan ahora del taller del artista chileno Guillermo Muñoz-Vera.

Internet conquistó la libertad de nuestro imaginario, antes confinado a

un medio ambiente, y en el futuro la galería sólo podrá ser la cárcel de las imágenes liberadas. Como el periódico y el libro, los abarrotados de arte dejarán de existir en un día no muy lejano, y con ellos el último sustrato de “objetividad” cubana.

El viejo Herald

Por lo pronto, es obvio que el primero en extinguirse será el periódico, toda vez que la noción de periodicidad ha sido superada. La mole oblonga y chata del *The Miami Herald*, que albergó en sus entrañas *El Nuevo Herald*, se parece cada vez más a una estatua caída. La revolución virtual la echó por tierra y, si aún no ha desaparecido del mapa, se debe a consideraciones más emotivas que prácticas. Tal es, en efecto, el extrañamiento de la democratización digital: aumenta el número de los que consultan el *Granma*.

Objets trouvés

Pero, volviendo a la galería Gary Nader: el problema del “original” cubano consiste, mayormente, en determinar dónde comienza y dónde termina su originalidad. Debido a unas circunstancias políticas sui generis y a un mercado negro administrado por la dictadura y supervisado por un ejército de falsificadores a sueldo, resulta cada vez más arduo —e inútil— distinguir lo auténtico de las copias.

Esta aguda crisis de legitimidad ha terminado por ensombrecer el puro placer estético, y en las obras recientes se detecta la misma dosis de incertidumbre que en las piezas robadas durante el apogeo de la malversación revolucionaria. En cualquier caso, los lienzos de Amelia Peláez, René Portocarrero y Víctor Manuel nunca pretendieron ser más que los *objets trouvés* de una ciudad perdida, y sería injusto exigirles autenticidad.

Adaptación de los inadaptados

Miami es uno de los pocos lugares donde aún puede observarse un proceso de adaptación en vivo; y el sujeto adaptado —el organismo que nos permite la observación— es el cubano.

Que el cubano llegue a amar a Miami (que no le quede más remedio que amar a Miami), y que deba adaptarse a unas condiciones ya de por sí (Miami es el *destierro*) desfavorables, prueba que toda adaptación, en una primera etapa, sólo es posible a nivel ideológico —es decir, al nivel de las *ideas falsas* (Miami es la gran idea falsa).

Que la adaptación se manifiesta como “idealismo” es, entonces, un axioma válido para otras especies y grupos, en situaciones y procesos análogos. Debemos concluir que cada periodo evolutivo comienza por una resignación amorosa (la declaración “I love you, Miami”, del pelotero Liván Hernández), y por una aceptación reafirmadora de las circunstancias adversas (“Lo que no te mata te hace más fuerte”).

El anfibio racionaliza el pantano donde echó raíces (para el desarraigado las raíces son *patas*) y donde consiguió forzar el avance hacia una “Tierra Nueva” que, salida de las aguas (*Miami*: madre de las aguas, en lengua tequesta), aparece primero como teatro de operaciones, y luego, como un terreno al que el amor vuelve transitable.

De la adaptación como ejercicio espiritual: antes de mutar, abrazamos nuestra desgracia. En el pantano (“¡La Florida: la ciénaga más grande del mundo!”) aprendimos a idealizar horrores.

La Vaca Pinta

La evolución miamense, inducida a distancia por las condiciones medioambientales de la isla, tuvo que degenerar, por fuerza, en un proceso “devolutivo”: Miami “devuelve” a Cuba (y devolver debe tomarse aquí en el sentido de regurgitar o eructar un material histórico largamente rumiado). Miami es otra versión de aquella comarca de la Vaca Pinta —*Die Bunte Kub*— de *Así habló Zaratustra*, y el castrismo, el pienso que nutre las conciencias de los desterrados luego de pasar por las cuatro cámaras del aparato digestivo más eficiente del mundo.

Miami es el estómago del castrismo: gracias a Miami es posible desglosar, digerir y defecar sus partes constitu-

tivas, apurar sus microfracciones y absorber su nutritiva ponzoña por intermedio de un retículo de instituciones mayores y menores (desde los menudos Municipios Cubanos en el Exilio, hasta la aparatosa Fundación Nacional Cubano Americana).

El éxito de los perdedores

La propaganda castrista creó la idea falsa de la “comunidad cubana exitosa”. La fama de los exiliados se propagó a los cuatro vientos, hasta el punto de instigar la envidia, y por supuesto, el rencor de los menos afortunados. Decir “El Paso” es convocar imágenes de desventaja y sufrimiento; decir “Miami” es evocar un balneario donde los gusanos toman el sol.

Tal vez sin proponérselo, los miamenses se hicieron eco del peor malentendido en la historia de las migraciones americanas. A pesar de que allí —según un reporte de la Universidad de Columbia, 2004— los cubanos ostentan niveles de ingresos y educación notablemente superiores a los del resto de los inmigrantes latinos, Miami es, en propiedad, *la ciudad de los perdedores*. Humillados mil veces desde la derrota de Bahía de Cochinos (“¡El atoladero más grande del mundo!”), y vilipendiados precisamente a causa de su “éxito”, los cubanos son una tribu perdida. Mientras tanto, los mexicanos o los salvadoreños, aunque mucho menos infelices, han conseguido granjearse el trofeo de víctimas.

El concepto de “triunfador”, que ocupa el centro de la psiquis de los exiliados, es la idea fija de *Boarding Home*, la novela de Guillermo Rosales (William Figueras, el álgot ego del novelista, descubrió que un revés cardinal no podrá convertirse jamás en victoria). Fidel también aparece en los sueños de nuestro gran manicomio literario: es el espectro del Triunfador de 1959, que, debido a una transvaloración de todos los valores, se convierte en víctima, en el chivo expiatorio de los cubanos de Miami. Los exiliados serán, a causa de ese hecho atroz, los Judas (*Juden*) de una América donde los Castros son Cristos. —

— NÉSTOR DÍAZ DE VILLEGAS

DIARIO INFINITESIMAL

OTROS PÁJAROS AZULES

El pájaro azul cantaba en su jaula de plata.

Doña Zeledonia solemnemente prohibió a los niños, niño y niña, que se acercaran al animal cautivo; se oyeron amenazas. Pero el niño, el mayor de los dos, que era muy resuelto, escuchaba atribulado los cantos melodiosos, tristesísimos, del prisionero, y alentaba en su ánimo el propósito de liberarlo.

Empleó el niño toda su elocuencia en persuadir a su dulce hermana, que era bella, pero tímida, de que le prestara su ayuda en la hazaña, y urdieron los hermanos un plan para la fuga del pájaro azul.

No era empresa sencilla: doña Zeledonia sometía al animal a muy estrecha vigilancia, y entre los niños y el ave se alzaban esmerados dispositivos de seguridad. Pero ¿qué pueden rejas, candados y guardianes frente al canto desesperado del animal cautivo que de día y de noche llamaba a los niños? La jaula de plata del pájaro pendía del techo de un cuarto desnudo cerrado a cuatro llaves. Fueron los niños tan constantes como astutos, y por fin una noche ese Mozart de las escapatorias y su dulce hermana tuvieron todo dispuesto para la liberación del pájaro azul. Y cautelosamente avanzaron en la oscuridad, cumplieron con el ritual de cerciorarse de que doña Zeledonia, peluca y lentes sobre la silla, cuerpo enorme bajo el edredón, labios entreabiertos, almohada babeada, roncaba apaciblemente y profanaron el cuarto desnudo que guardaba al ave prisionera. La luz de la luna hería la jaula de plata; el pájaro pareció gritar de alegría al ver entrar a los niños.

—Debí habérselos dicho, debí decirles —profería entre sollozos a la mañana siguiente doña Zeledonia. Los cuerpos destrozados de los niños yacían en el suelo. El pájaro azul había vuelto a su jaula y su canto melodioso y más triste que nunca volvía a oírse.

Este boceto de cuento se basa en el sencillo hecho de que la jaula del tigre está hecha para que el tigre no pueda escapar, pero también para que nadie cometa la imprudencia de meterse a la jaula a tratar de fraternizar con él. El desenlace de la historia se dirige a esta segunda condición excluyente del artefacto. Doña Zeledonia olvidó o no quiso revelar a los niños la ferocidad del animal.

Por supuesto que esta versión juega un poco con *El pájaro azul* de Maeterlinck y parece por tanto invertirse de cierto sentido alegórico. Más rico, pero más complicado, habría sido montar el cuento sobre una princesa enjaulada y un héroe enamorado que, para su desgracia, se resuelve a liberarla. Las princesitas asesinas, sobre todo si son envenenadoras, luego de violencia hipócrita, son interesantes. Ahora que el cuento debería aparentar un candor dulce que recuerde aquello de “aquel caracol que va por el sol, en cada ramita llevaba una flor, que viva la vida, que viva el amor, que viva la gala de aquel caracol”, luego bruscamente la atrocidad del final, es decir, la princesita le aplasta al héroe la cabeza con una piedra.

Si se pudiera dotar al pájaro carnívoro (o a la princesita delincuente) de una cierta ingenuidad, sería mejor que mejor. La personalidad de doña Zeledonia, diluida y vaga, está bien como está: buena parte de la desgracia se funda en su, más que extraña, sospechosa imprevisión.

Dado el planteamiento podemos fácilmente urdir otros finales.

Los niños devoran al pájaro en salsa de chile pasilla. Explicaría inesperadamente la prohibición de doña Zeledonia tomando el pájaro en calidad de manjar delicioso y a los niños como gourmets exigentes.

Liberado el animal por los niños, el ave crece y se hace enorme, los niños remontan el vuelo en sus lomos y se pierden para siempre.

Los niños quedan encerrados en la jaula y cantan, el pájaro revolotea silencioso alrededor de ella.



Maurice Maeterlinck.

Todas las conclusiones tipo príncipe-sapo: el pájaro, al salir de la jaula, se transforma en un dragón o una princesa de cabellos rojos o un anciano de doscientos años que maldice a sus libertadores y después muere. Una variante: el pájaro se transfigura en doña Zeledonia, y ella se degrada a gusano de colores.

Un desenlace inverosímil: sale el pájaro y sobreviene el fin del mundo. En ese caso ¿quién era doña Zeledonia y de qué estábamos hablando?

Y etcétera, hay mil y una posibilidades. Un cuento, como un tema de música, es muchos cuentos posibles. Dicen que cuando Chopin hacía un hallazgo musical, un asunto, una melodía, alguna idea, se ponía expansivo, alegre, sonriente, feliz. Ese dichoso momento era preludio de los días sombríos de malhumor, irritación, silencio, en que el maestro se ponía imposible. Era este el periodo en que Chopin luchaba por darle a su descubrimiento el más cumplido desarrollo, la forma óptima, la presentación definitiva, en suma, el periodo en que el artista elegía una entre las incontables variantes posibles para su composición.

De hecho, sin embargo, la tortura chopinesca no suele aplicarse al escritor: las posibilidades del relato no se despliegan ante él, la narración se presenta ya hecha, ya terminada, una sola posibilidad. Este hecho constituye una prueba más de que el arte se hace con imaginación brusca y completas, y no pensando. Se puede hacer pensando, pero queda redicho, amanerado, sin frescura, falso, en suma, mal hecho.

En su jaula de plata canta el pájaro azul. —

— HUGO HIRIART